



LA ZONA DE RE-CREACIÓN

Significación, entretenimiento y placer

Alfonso Hernández Barba*

El proceso de significación no se detiene cuando se busca el entretenimiento y el placer. Es una actividad constante por la cual los seres humanos producimos sentido sobre lo que nos sucede; dicho de otra manera, la significación es la mirada individual y colectiva con la que percibimos y evocamos los objetos que nos rodean.

El entretenimiento nos acerca a una situación más placentera, asociada al descanso, a la diversión, a la convivencia informal, a la obtención de una recompensa. Tomamos distancia de las prácticas que absorben nuestra concentración rutinaria y que no podemos omitir sin que deriven en consecuencias que nos afecten. En esos momentos parece que bajamos la guardia inadvertidamente y la significación (interminable) entra en una dimensión diferente a la que nos disponemos a participar.

Hacer un espacio recurrente entre las labores por las que se atiende a las necesidades cotidianas, de estudio, de trabajo remunerado, es una actividad individual o colectiva, en la que las personas se «exponen» a pasar el tiempo, un tiempo, justificado o no conscientemente, por ejemplo en el cine, la televisión, internet, el café, la lectura, el bar, el concierto, el museo, la plaza, incluso las prácticas deportivas. En éstas y otras actividades similares las personas se vuelven activos participantes en el flujo interminable de las formas simbólicas y en la actividad humana de asociar, significar, re-significar, contenidos con objetos que los representan. Resulta una paradoja que en los momentos de esparcimiento y de entretenimiento las personas no descansan del trabajo simbólico, y dicen-deciden no pensar en algo a través de hacer otras actividades, pero ese aparente «no pensar» «no hacer» también es un hacer desde la perspectiva del mundo de la significación. En este

*Coordinador de la
Licenciatura en Gestión
Cultural, ITESO
alfonsohb@iteso.mx

sentido, el trabajo simbólico como ocupación, continúa bajo la forma de descanso, de diversión, de reiteración del mundo de significados sobre los cuales transitan libremente, frecuentemente de manera inadvertida, las creencias, las convicciones, la misma estructura social; ésa que no sólo está ahí afuera de la persona, sino que vive y se reproduce, se cuestiona y se reafirma internamente y en el encuentro con los otros.

Cambio de enfoque

Cuando se opta por hacer «algo diferente» que entretiene y alegra, se busca a menudo conectar con personas con las que queremos estar de otra manera, y ello le otorga un significado de «decisión personal o grupal» sin las ataduras de la obligatoriedad que implica el trabajo y la atención a los imperativos de la vida cotidiana. El trabajo de significación no da tregua, cambia la forma y el modo, cambia el significado que le otorgamos a ese mundo de opciones para estar ahí —para estar haciendo algo ahí— el modo de conducir la existencia y de encontrarle sentido (el *dasein* de Heidegger). Es justo ahí donde se suscita algo parecido al sueño, cuando las experiencias recientes de la memoria inmediata ceden el paso a la memoria de largo plazo. En las situaciones de entretenimiento sucede algo parecido. Bajo el aparente relajamiento de las ocupaciones cotidianas, en los rituales del ocio y del placer las creencias y las convicciones, las contradicciones de sentido irresueltas emergen y se acomodan, o se confrontan y entrelazan. Cuántas veces en una reunión informal con los amigos, o en un juego, aparecen los diálogos sobre política, religión o el trabajo, y se platican las posibles opciones en la constante búsqueda de sentido y exploración de soluciones creativas y novedosas. Si las prácticas del trabajo tienen la tendencia a formar hábitos, las prácticas de entretenimiento tienen la oportunidad de romper hábitos y de imaginar nuevas respuestas o modos de estar y relacionarse. Es ahí donde resignificamos, donde se gestan nuevas relaciones de sentido, nuevas prácticas, incluso nuevos conocimientos.

También hay quienes expresan que se entretienen y descansan, o que obtienen placer y recompensa, cuando se involucran en actividades de trabajo y estudio, pero son los menos... Parecería que las cosas se complican cuando queremos apegarnos a la dicotomía entre trabajo y descanso, entre labores cotidianas regulares y a las que no se puede «escapar», y aquellas otras a las que nos corresponde elegir con una aparente «mayor libertad» hacer, escoger, decidir si a solas o con quiénes queremos llevarlas a cabo. Es cierto que la división entre el trabajo y el descanso tiene sus orígenes más recientes pocos siglos atrás, cuando en Occidente la revolución industrial fortaleció la separación entre el trabajo y el ocio.

Entretenimiento y cultura

El entretenimiento y el placer en la vida social también forman parte del mundo de hechos simbólicos que comprende la cultura. Los hechos simbólicos no se pueden mirar sólo desde lo individual, están imbricados en la vida social de varias maneras. Sociedad y cultura

son entonces inseparables, incluso es frecuente que les confundamos, pues aunque en la sociedad no hay nada desprovisto de significado, la sociedad no se agota en la significación, ya que comprende la biología, la economía, la fabrilidad (producir la vida con el trabajo), la salud y el poder entre otras dimensiones. Por ello, para continuar la reflexión sobre el proceso de significación interminable reconocemos, siguiendo a Gilberto Giménez, que «la cultura es la sociedad considerada como estructura de sentido, como representación, como símbolo, teatralización, metáfora o glosa de sí misma» (2005:33).

La dinámica cultural que implica el proceso de producción de sentido y de intercambio de significados, de recreación de los mismos, es central en los aparentemente inocentes actos de entretenimiento y placer. Por ello mirar a las actividades de entretenimiento tiene un lado de aparente rendición o «aflojamiento» de las alertas y defensas en que las personas nos atrincheramos mientras estamos en otro tipo de actividades como las laborales, sociales, políticas o religiosas. El entretenimiento nombra un espacio en la vida cotidiana en el cual, decíamos al principio, bajamos la guardia y el flujo de formas simbólicas adquiere paso franco al mundo de significación interminable (Peirce). No en balde suceden encuentros y desencuentros en las prácticas culturales del entretenimiento y del placer, pues en tales prácticas transitan ideas y posturas que chocan o encuentran aliados en la convivencia con los otros. Ideas (apocalípticas o integradas, catastrofistas o adaptativas) sobre el mundo, sobre la política, la economía, las polémicas leyes o la ausencia de ellas. No se diga sobre las relaciones humanas, sus complicaciones afectivas y de amistad, de poder y de recursos.

¿Qué podrían tener en común acciones como ir al cine, leer una novela que los amigos nos han recomendado, ir con los amigos a un bar o a un restaurante en la noche al final de la jornada de trabajo; pintar un cuadro en la mañana antes del desayuno cuando la casa está en calma un fin de semana, ir a la plaza pública a comer antojitos y presenciar la banda de música un domingo por la tarde, o escuchar canciones del Ipod mientras vamos en el camión o el carro, o en la computadora mientras se chatea en Facebook; ir al teatro o a un concierto, jugar en los desarrollados programas de diversión que ofrece la multimedia a los niños y jóvenes —quienes ya no sólo interactúan con los binarios derroteros de los juegos creados por los expertos en programación para el Xbox o Play Station, sino que ahora interactúan con otros jugadores en tiempo real desde lugares muy distantes— o ir a caminar y hacer distintos tipos de ejercicio junto a otros como los parques o las calles que por horas expulsan a los autos para dejar paso a las bicicletas, carriolas, patinetas y el sencillo andar a pie por las vías, e incluso en los períodos vacacionales donde emergen con más fuerza sobre nuestra conciencia los asuntos y las angustias no resueltas?

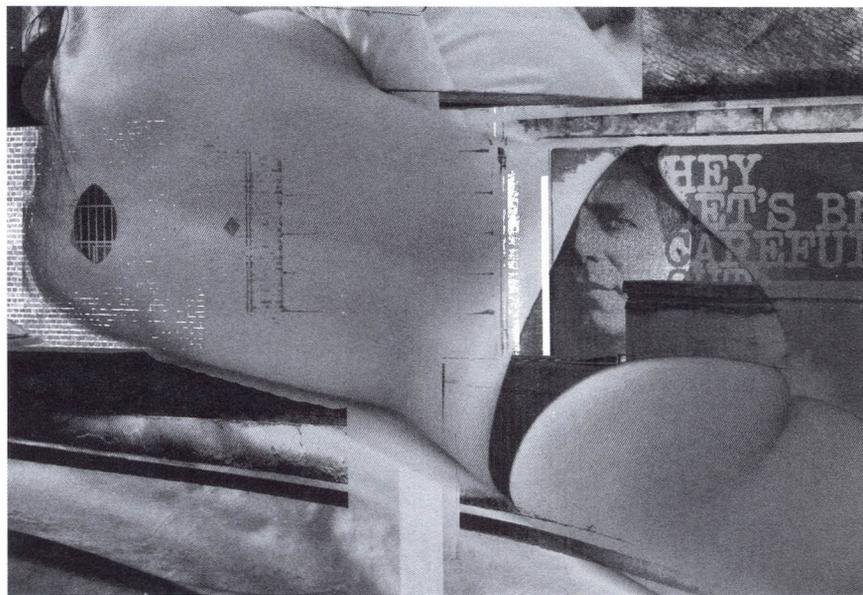
El entretenimiento y el placer también forman parte del mundo que comprende la cultura

Estas acciones culturales de significación y de «descanso» o de cambio de actividades que «cansan» y muchas más, porque las opciones son innumerables, tienen en común que comparten el trabajo de significación por el cual producimos-construimos sentido en la interacción con «el otro», y la construcción de sentido tiene que ver también con la formación de identidad individual y colectiva. Hay quienes prefieren hablar de una sola

identidad con múltiples pertenencias a lo largo de la vida individual y social (adherencias o incorporaciones), o quienes prefieren hablar de múltiples identidades. No es asunto menor que autores como Clifford Geertz se fijaran en la importancia de reconocer y estudiar esa compleja red de significaciones que da sentido común o público a los comportamientos individuales para exponer su concepción de la cultura. Por ello cultura, producción de sentido, trabajo de significación, son inseparables.

Ahora bien, comunicación y cultura van juntas en la tarea de pensar y estudiar los procesos de entretenimiento. Las actividades llamadas de juego, de entretenimiento, de esparcimiento, suceden en las personas desde una estrecha articulación de las características que reúne Thompson cuando habla de la cultura: intencional, convencional, referencial, estructural y contextual.

Cabe preguntarse entonces sobre la importancia de fijar una intención a las prácticas de entretenimiento y placer, ya que muchas veces las personas dicen que no descansaron cuando se dispusieron a hacerlo. El sentido final de las prácticas de descanso y recreación es ponerle un punto final al estilo de significación para recomenzar con otro. Cambiar el estilo es... este objeto mental que me venía preocupando y ocupando por fin es visto desde otra perspectiva, o metafóricamente es el trabajo de pasar dicho objeto mental a la memoria de largo plazo.



Cuando no se descansa es porque continuamos en la misma sintonía con el objeto y su significado. El descanso implica romper con ese estilo de significación y acceder a una nueva manera de significar el mundo. Antes en los momentos de descanso mucha gente de las ciudades se iba al campo, y el campo lo disponía para entrar en contacto con él mismo y el mundo más primitivo de la significación. Ahora el asunto central es que hemos perdido la capacidad de elección justo porque tenemos una abundante oferta de información no siempre seleccionada por cada quien y que provoca un cierto adormecimiento de los sentidos, no una significación. En otras palabras, descansar significa resignificar. Todo esto hace que sea valioso repensar la forma de entretenerse y descansar, la forma de darnos situaciones placenteras, entonces los contenidos y los sentidos emergerán por sí solos: elige una película, no cualquier película, vete al campo, desarrolla la capacidad de admiración. Es como pararse frente a la actividad en puerta de manera reflexiva... ¿y yo qué hago aquí?

Para concluir, es en las prácticas culturales del entretenimiento y del placer donde, de manera privilegiada pero frecuentemente inadvertida, los seres humanos debatimos creencias, modos de ser, convicciones, y al mismo tiempo organizamos y reorganizamos, confirmamos o aceptamos otros modos de ver, interna y colectivamente, los asuntos



humanos y sociales que nos abordan cotidianamente, dejamos espacio para establecer nuevas conexiones internas en una perspectiva de largo plazo. En estos procesos el vínculo entre objetos y afectos permanece en acción, nos apoyamos en imágenes, las que percibimos (externas) y las que evocamos (internas) y finalmente la supuesta separación entre emoción y razón resulta más interconectada que separada. Podría decirse entonces desde una concepción semiótica de la cultura que trabajamos mientras descansamos, mientras nos entretenemos y divertimos, mientras nos damos recompensas (placer) por los demás trabajos realizados. El proceso de significar en tales estados puede ser una forma de darse permiso de pensar y sentir de manera diferente (cambiar un poco la mirada) a los objetos que ocupan nuestra mente, nuestro yo. ■

■ REFERENCIAS

Geertz, Clifford (1988) *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

— (2002) *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*. Barcelona: Paidós.

Giménez, Gilberto (2005) *Teoría y análisis de la cultura*. Vol. I. México: CONACULTA/ICOCULT.

Thompson, John B. (1993) *Ideología y cultura moderna*. México: UAM-Xochimilco.